

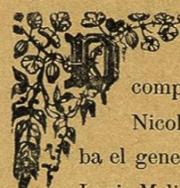
á la sazón, y los gladstonianos tenían en jaque al gobierno. En realidad, habría sido poco prudente el aventurarse á la lucha, y el gabinete británico, penetrado de ello, no tardó en presentarse más conciliador, limitándose á exigir de Rusia que no lastimara sus propios intereses, y en especial, que no tocara á Egipto, respetase el canal de Suez y no dirigiese las hostilidades contra Constantinopla y los estrechos. El gobierno de San Petersburgo dió al de Londres las más amplias seguridades acerca de estos extremos, y desde entonces pareció que nada debía oponerse al progreso de las armas rusas.

Los turcos, por su parte, habían visto acercarse la guerra con alegría, convencidos de que iban á renacer los días de la alianza anglo-francesa. Embargaban su ánimo las más extrañas ilusiones. «Alemania parece estar al lado de Rusia, decía un diario de Constantinopla, y Austria-Hungría observa una neutralidad benévola. Sin embargo, cuando se dispare el primer cañonazo, Austria se apresurará á implorar la protección de Europa en beneficio de Turquía. Respecto á Alemania, comprenderá también que no le queda más recurso, para salvarse, que declararse contra Rusia». Después, cuando se publicó el bélico manifiesto del Czar, la Puerta, recordando que el tratado de París creaba una situación excepcional en favor suyo, tuvo la audacia de invocar el artículo octavo de aquél, solicitando la mediación de las naciones europeas, juguete de sus intrigas desde hacía dos años.



CAPÍTULO DÉCIMO-SÉPTIMO

La guerra ruso-turca y el tratado de San Estéfano



ECLARADA la guerra, los rusos rompieron casi inmediatamente las hostilidades, tanto en Europa como en Asia. Su ejército europeo se componía de doscientos cincuenta mil hombres, al mando del gran duque Nicolás, hermano del emperador, y el asiático de sesenta mil, que acaudillaba el general Loris Melikoff, famoso por sus hechos en campañas anteriores. Loris Melikoff invadió el territorio enemigo, dirigiéndose á la Armenia turca. Sus éxitos fueron rápidos. La plaza de Bayazid cayó en su poder, y la más importante aún de Ardahan, defendida por Hussein-Salvi-Bajá con doce batallones y fuerte artillería, sufrió la misma suerte. La toma de Ardahan permitía á los rusos avanzar sin obstáculo sobre Kars, y aislar esta plaza de Batun y de Erzerun. En Constantinopla, produjeron estos sucesos gran indignación. Se acusó de negligente al ministro de la Guerra, Redif-Bajá; se le censuró en alta voz, por haber confiado la custodia de Ardahan á un hombre poco entendido en asuntos militares y que sólo torpes intrigas elevaran á la categoría de general. Loris Melikoff, prosiguiendo su marcha victoriosa, bloqueó á Kars y amenazó á Erzerun.

En Europa, los rusos no pudieron al principio ir tan de prisa. La crecida del Danubio y retrasos causados por la deficiencia de algunos servicios administrativos, les impidieron atravesar aquel caudaloso río hasta fines de Junio. Pasaron el bajo Danubio el veintidós de dicho mes por Budjak, cerca de Galatz; pero el esfuerzo principal lo realizaron

el día veintisiete en Zimnitsa, delante de Sistova, que el general Dragomirof arrebató al enemigo después de catorce horas de combate. Desde este momento, pareció que nada podía detener el movimiento progresivo de los rusos. El príncipe Carlos de Rumanía, después de acceder, como sabemos, al paso de las tropas moscovitas por su territorio, había celebrado con el Czar un tratado de alianza ofensiva y defensiva, proclamándose independiente y declarando la guerra á Turquía, el veintiuno de Mayo. Las fuerzas turcas en Bulgaria no subían de ciento sesenta mil hombres, y estaban diseminadas de Viddin á Silistria, teniendo sus reservas en Chumla y en Varna. El día seis de Julio, los rusos ocupaban á Biela, á la izquierda, sobre el Gantra, y el catorce hacían capitular á Nicópoli, por el lado opuesto, con lo que se encontraron entre la línea del Lom, al Este, y la del Osma, al Oeste, quedando dividido en dos trozos el ejército contrario. Ya desde el siete de Julio, estaban en Tirnova, al pie de los Balkanes, la segunda línea de defensa y la más fuerte del imperio otomano. El general Gurko se apoderó de la antigua residencia de los czares búlgaros, tras breve lucha, en la que, á falta de infantería, combatió á pie parte de la caballería rusa. La toma de Tirnova impresionó terriblemente á los búlgaros, cuya historia y cuyas leyendas habían convertido la célebre ciudad en una especie de santuario nacional, é hizo dueños á los rusos de la red de caminos que se extiende desde dicho punto hasta el valle de Tundcha, del cual forma parte el desfiladero de Chipka. Sabiendo Gurko que éste último estaba débilmente defendido y los pasos secundarios solamente vigilados, resolvió atravesar los Balkanes por el paso de Hainkoi, á fin de atacar por detrás el Chipka, por Kasanlik, al mismo tiempo que otras fuerzas, procedentes de Gabrovo, embestían de frente dicha posición. Rodeaba al Este el paso de Chipka un estrecho sendero, descubierto sin duda por los rusos, pues aun no figuraba en los mapas, y por él debía dirigirse Gurko á Hainkoi, con todas las tropas de la expedición, excepto un regimiento de cosacos, parte del cual vigilaría el camino de Gabrovo-Chipka-Kasanlik, quedándose el resto en Tirnova. El gran duque Nicolás, que en el entretanto había avanzado con su cuartel general hasta esta plaza, mejoró algo el plan trazado por Gurko, quien, el doce de Julio, se apoderó del paso de Hainkoi y, el diez y siete, de Kasanlik. Este mismo día, el general Deroschinski acometió de frente el paso de Chipka, pero este ataque fracasó, por haber aplazado Gurko el suyo para el diez y ocho, á causa del cansancio de sus tropas. No fué Gurko más afortunado que su compatriota, á pesar de lo cual, el día diez y nueve, los turcos huyeron por caminos extraviados, abandonando su artillería y desamparando sus importantes posiciones. Entonces, los rusos ocuparon el paso de Chipka, á donde acumularon víveres y municiones, convirtiéndolo en campo atrincherado, que tenía la ventaja de estar dotado de agua en abundancia. Los rusos dominaban ya los dos caminos principales que descienden en Rumelia, hacia Filipópoli y el valle del Maritza: no llevaban aún sino tres meses de campaña.

Los triunfos de las armas rusas esparcieron la alarma en gran parte de Europa. Sobre todo, la inquietud del gobierno británico fué muy grande. La flota inglesa, que había levado anclas de Besika, tornó á fondear en este puerto por orden de Beaconsfield. En Berlín mismo reinaba cierta intranquilidad. En Francia, los monárquicos daban su último asalto á la república, y Bismarek, temiendo que si la victoria coronaba sus esfuerzos el duque de Decazes condujese á feliz término su eterno proyecto de alianza con Rusia, no puso el menor reparo á los armamentos que apresuradamente hacía Austria-Hungría, temerosa de la ambición moscovita. Los madgyares, siempre dispuestos á combatir el panslavismo, demostraban ruidosamente sus simpatías al sultán. El canciller de Alemania, sin soltar prendas en contra de Rusia, dejaba hacer y dejaba hablar con cierta complacencia, y recibía afable y benévola á Crispi, el cual, á punto de ser ministro, le visitaba en Berlín para interesarle en los planes de engrandecimiento territorial de su patria.

De pronto, corrió velozmente la noticia de haber ocurrido acontecimientos inesperados en el teatro de la guerra. En Asia, el general turco Mukhtar-Bajá, temiendo ser encerrado en Kars, había establecido con parte de sus tropas un campo atrincherado en Siwin, entre aquella ciudad y la de Erzerun, retirándose él á esta última con el resto de su ejército. Ocupada la posición de Siwin por los turcos, el ejército ruso que sitiaba á Kars podía ser acometido por la espalda, y Loris Melikoff, comprendiendo el peligro, se vió obligado á disponer el ataque del campamento de Siwin. Había en éste unos quince mil hombres, bajo el mando nominal de Ismail-Bajá y el efectivo del húngaro José Kollman, entonces llamado Feizi-Bajá. Además, á unos veinte kilómetros de Delibaba, hallábase Mukhtar-Bajá, con igual número de soldados. Encomendó Loris Melikoff al general Heimann el ataque de Siwin, en donde se rompió el fuego el veinticinco de Junio por la tarde. Los rusos, después de varias tenaces tentativas para desalojar al enemigo de sus posiciones, fueron rechazados, teniendo que ordenar la retirada y resignarse á aplazar la continuación de la campaña, hasta la llegada de nuevos refuerzos. También el veintiuno de Junio había derrotado Mukhtar-Bajá á Tergukasoff en Delibaba. Los rusos levantaron el sitio de Kars y retrogradaron en todas partes.

En Europa, el curso de la guerra parecía tomar, asimismo, un giro favorable á los otomanos. La Puerta, aterrada ante la idea de un nuevo avance de los rusos desde los Balkanes, hizo un esfuerzo gigantesco, y hasta abandonó las posiciones que conservaba Soliman-Bajá contra los montenegrinos, para reunir un poderoso ejército que interceptara al enemigo el camino de Constantinopla. Los triunfos obtenidos con tanta rapidez habían estimulado la ardiente actividad del gran duque Nicolás, sobre todo cuando Gurko, después de ocupar á Eski-Sagra y de cortar el telégrafo y el ferrocarril de Yamboli y Filipópoli, le participó que el ejército de Soliman-Bajá comenzaba á concentrarse.

El general Gurko prosiguió su movimiento ofensivo; pero los turcos, que se habían repuesto de su desaliento, opusieron firme resistencia, los días veintinueve y treinta de Julio, al cuerpo enemigo de Leuchtemberg. El mismo día veintinueve, Soliman-Bajá reunióse con Reuf-Bajá, y después de guarnecer convenientemente á Jeni-Sagra, avanzó el treinta sobre Eski-Sagra. Las tropas del general Gurko, que habían sostenido aquella mañana un combate desgraciado con los turcos en Dalboko, fueron expulsadas por la tarde de Eski-Sagra, á pesar de haber peleado valientemente en las calles mismas de la ciudad. Los rusos perdieron todo el terreno que habían ganado al otro lado de los Balcanes, conservando únicamente el desfiladero de Chipka y los pasos secundarios. Su principal fracaso, sin embargo, en esta segunda parte de la campaña, lo experimentaron en Plevna. Entre los generales turcos, había uno, Osman-Bajá, que era un verdadero y cumplido general. No habiendo podido impedir la toma de Nicópolis, por la rapidez con que el enemigo operó, Osman-Bajá encaminóse á Plevna, ciudad situada en la confluencia del Tacheniza y del Grivitza, protegida naturalmente por algunas colinas y que el general turco fortificó convenientemente. Plevna es el punto central en que se cruzan los caminos de Nicópolis, Sistova, Ruschick, Larratz y Filipópolis, Sofía y Viddin, sin contar otros menos importantes, que desde allí se extienden en distintas direcciones. El abandono de tan importante posición por los rusos fué una falta que les acarreó gravísimas consecuencias, si bien debieronse principalmente á la insuficiencia de las fuerzas con que contaban; pues el general Krudener, á quien se mandó asaltar á Nicópolis, debía temer á Osman-Bajá más en esta plaza que en Plevna. Después de haberse posesionado de Nicópolis, el general Krudener recibió del gran duque Nicolás la orden de apoderarse de Plevna, empresa que aquél confió al teniente general Schilder-Schuldner. El diez y nueve de Julio, los rusos cañonearon sin resultado las posiciones de los turcos, y el veinte, de madrugada, se lanzaron decididamente al ataque. Su ímpetu, sin embargo, se estrelló ante las fuerzas superiores y la habilidad de Osman-Bajá, teniendo que retirarse con pérdida de setenta y cuatro oficiales y dos mil setecientos setenta y un soldados, según confesión propia. El veintisiete de Julio, una división otomana, procedente de Plevna, arrojó á sus contrarios de Lowcha, obligándoles á retroceder á Selvi. El general en jefe del ejército ruso determinó mantener el honor de sus armas delante de una plaza importante, por más que hasta entonces hubiese sido poco conocida como punto estratégico. Acumuló, pues, refuerzos en torno de Plevna, llegando á disponer de treinta y cinco mil hombres y ciento ochenta y seis piezas de artillería. Estas fuerzas habrían sido bastantes, si Osman-Bajá no hubiese aprovechado los días transcurridos para llamar tropas de Sofía, Viddin y otros lugares, hasta reunir no menos de sesenta mil soldados en Plevna y sus alrededores. El estado mayor ruso ardía en impaciencia, y Krudener, no obstante la inferioridad de sus fuerzas y de estar Osman-Bajá perfectamente fortificado,

se decidió á repetir el asalto el treinta de Julio. El combate fué sangriento, siendo derrotados los rusos con pérdida de ciento sesenta y cuatro oficiales y siete mil ciento sesenta y siete soldados, entre muertos, heridos y desaparecidos. Los turcos se ensañaron horriblemente con los heridos del enemigo, rematando á unos y mutilando á otros con la más despiadada crueldad. Los búlgaros, que temían la venganza de los turcos, sintieronse sobrecogidos de tal pánico que estuvo á punto de ocurrir, por culpa suya, una catástrofe en el puente de Sistova. Los turcos, rehechos, tomaron la ofensiva en todas partes. Soliman-Bajá embistió á Gurko en el paso de Schipka, no dándole apenas momento de reposo del veintuno al veinticinco de Agosto; por la izquierda, Mehemed-Ali recobraba contra el príncipe imperial la línea del Lom, y por la derecha, Osman-Bajá salía de Plevna y el treinta y uno de Agosto, en Skavelitzé, no retrocedía sino después de ocho ataques consecutivos.

A medida que estos sucesos se desarrollaban, iba modificando su actividad el canciller alemán. Por un momento, creyóse perdido al Czar. Ahora bien, á la corte de Berlín no le agradaba que Rusia obtuviese una victoria resonante, pero tampoco que quedase afrentosamente derrotada. Bismarck quería que el imperio moscovita fuese siempre bastante fuerte para servir de contrapeso á Austria-Hungría. Por otra parte, informado ahora perfectamente, adivinó el próximo y tremendo fracaso de los monárquicos en Francia. En este país, disuelta la Asamblea nacional, en virtud de sus propios acuerdos, el treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos setenta y cinco, los republicanos habían obtenido un triunfo completo en las elecciones verificadas en Enero y Febrero del siguiente año, para constituir el senado y la Cámara de diputados. Buffet, el ministro reaccionario, el alma de todas las maquinaciones dirigidas contra la república, fué derrotado en los cuatro distritos en que presentaba su candidatura. El gabinete Dufaure, que le sucedió, el primero republicano del mariscal Mac-Mahón, no pudo sostenerse en el poder más que nueve meses, de diez de Marzo á doce de Diciembre de mil ochocientos setenta y seis, á causa de su falta de homogeneidad y de su carácter excesivamente conservador, y á pesar de su repugnancia, el mariscal tuvo que encargar la formación de nuevo ministerio á Julio Simón. Los monárquicos de todos matices, especialmente los ultramontanos, que veían cada vez más distantes sus esperanzas de restaurar el trono, no obstante la política moderada del gobierno, que con frecuencia transigió más de lo justo, suscitaron continuas dificultades á la administración republicana, agitaron la opinión, atizando el fanatismo religioso, y se valieron de su influencia sobre Mac-Mahón para pintarle como desesperada la situación de Francia. Tanta fué la osadía del ultramontanismo, que Julio Simón, indignado, se vió en la precisión de prometer solemnemente en la Asamblea de diputados, el cuatro de Mayo de mil ochocientos setenta y siete, que haría encorvarse á todo el mundo bajo las leyes. La Asamblea, entonces, aprobó esta proposición: «La Cámara, conside-